





# Nicomedes Guzmán: Retrato de un Desconocido

Por Luis Sánchez Lanos

Hay tres hombres que me consideran —o más consideraban— sobregrado en mis epítetas laudatorias de Nicomedes Guzmán. Tales críticos de más demasías son, en orden alfabético, Edmundo Contiña, Ariel Dorfman y Nicanor Parra. Nicomedes Guzmán, novelista y poeta, nació en el invierno de 1914, en Santiago, el 23 de junio. Murió en Santiago en el invierno de 1984, la madrugada del 26 de junio. Nicomedes Guzmán se llamaba civilmente Oscar Nicomedes Vásquez Guzmán. A poco de incorporarse a la literatura, adoptó el "nombre de guerra" de Nicomedes Guzmán.

Miembro de una vasta familia de extracción modesta, realizó difíciles pruebas para poderse, por su cuenta y riesgo, un espacio de cultura más o menos viable. Trabajos de hombre en la adolescencia; estudios interrumpidos en fines nocturnos. Cuando ya la madurez del novelista, a propósito de la publicación del tema de relatos *La Corte Iluminada* (1943). Allí se preparaban las exageraciones a que conducía el amor desproporcionado por la metáfora, poniendo el dedo en la llaga de cierta cítrica que hablaba de la "llama incendiada de la vejez" (esto es, en buen romance, la llama nueva oída de la vejez), no hace sino distinguir el complejo universo en que debe desenvolverse el escritor antidiádico.

El maestro moral de Guzmán, a larga distancia, fue Maximino Gorriti. Los maestros directos: todos los grandes narradores de Chile. Los que lo habían precedido y los que en su intuición, siempre abierta y exquisitamente cordial a desaprovechar de servidumbre, habían de continuo.

En literatura, no discriminaba entre la izquierda y la derecha. Era capaz de pelearse en la defensa de Rafael Maluenda o de Raúl Silva Castro. Carecía del defecto capital del sectarismo. Se lo ha discriminado —ja él—, a menudo, situándolo en la izquierda intranigente. Desde el punto de vista de la humanidad de que daba muestra, reconociendo, alentando, difundiendo la obra de otros como si fuese la propia, no habrá par en su especie.

En dicho sentido, en verdad, su reino no era de este mundo. Queriendo parecerse a la mayoría, no se parecía a nadie.

A veces, Edmundo Cocha, que conoció en su juventud a Guzmán y que desde entonces mantuvo con él una amistad de tiempo variable, salpicada de altibajos de instole doctrinaria, me atribuye rasgos del escritor desaparecido. La manga ancha, por ejemplo. El diente de levantar piedras para descubrir gemas.

Quinto honor me hace mi antiguo Echo infinitamente de menor a Guzmán. Nos unió, Administración a Pedro Prado y a Septimio Leyton; a Diego Díaz Urrestia y a Víctorino Vicario. Sus lecturas principales tendían que ver con el momento de relevancia del nacionalismo que vivió Chile hacia 1940. Se redescubría a Federico Gana, a Carlos Pinto Véliz, a Baldomero Lillo. Antesio Acevedo Hernández encarnaba al escritor nacido de las entrañas del pueblo andaluz, trastumulado, rico en experiencia de la vida, pobre en tradiciones clásicas.

Por su filiación social, Nicomedes Guzmán sólo tuvo el contacto de los colegios fiscales, y debido al temprano acceso a la existencia madura —trabajo y severas exigencias de hogar— se iba a encontrar privado, en sus estudios, de toda metodología superior.

En 1939 publicó su novela *Los Hombres Oscuros*. En esta obra al narrador suyo maneja un tema en que han incuriosado escritores ya expertos como Joaquín Edwards Belli (*El Roto*), González Vera (*Vidas Mínimas*), Manuel Rojas (*El Detenimiento*) y Alberto Romero (*La Viuda del Conventillo*). Por qué Guzmán se ocupaba en

melodrama de Dumas, *La Dame de las Camelias*. Pero como el motivo que move a Guzmán no es el pániche eruditó (ni siquiera ha oído hablar del Bourgeois et Pérelet, de Flaubert), sino un melodrama auténtico, el que se vive todos los días en el suburbio humilde de la ciudad, lo legítimo de la instancia aflora en estilo impensable.

Sí a Nicomedes Guzmán lo hubiesen dicho Jacobo Díaz (Juan Cabezas Pajaritos), a la sazón su consejero espiritual y maestro, que estaba escribiendo de nuevo *La Dame de las Camelias*, seguro habría acabado por destruir esas páginas como poco antes había hecho con otras que su guía había considerado ripianas. *Rendita ignorancia!* *Los Hombres Oscuros*, novela de ingenua intriga, es una pintura patética de la sentimentalidad subversiva en un ámbito en que acusan los más desarmados y penetrantes perfiles humanos.

Conoció personalmente a Guzmán con motivo de la lectura de este libro en 1949. Guzmán tenía una florería de adolescente disfrazado de hombre adulto. El halago de *Los Hombres Oscuros* me había entusiasmado hasta las vísceras. Yo creía, de veras, que con los asuntos de Chile era fácil hacer literatura. Todavía existen muchísimas personas que piensan lo mismo. Guzmán me pareció un artillero desposeído del arte de la diplomacia o la literatura. Directo, de apariencia malhumorada, hablaba a golpes de bocha con el bocha de filo agudo de su voz de muchacho. Le preocupaba sobremanera todo lo vinculado a la literatura: la Sociedad de Escritores, de la que fue director; los grupos culturales de las provincias; los autores ignorados en los más distintos y remotos lugares de Chile.

Iba y venía, dando enormes zancadas, con una pipa entre los dientes. A través de su amistad, al comienzo muy polémica y ardorosa, empeñó a preventas, año a año, las grandes y milagrosas de la literatura.

Sin prenderle ni proponérsele, Nicomedes Guzmán se convirtió en el jefe espiritual de la Generación de 1938, a la que yo, por razones de edad, no podía sumarme.

Difícil presa de las ensedanzas de Guzmán, pero sin dejar de cultivar su compañía y su amistad, o más bien disputándose a cada instante con él, yo me había refugiado en una pequeña capilla de "anarcos" ( así escribe Jaeger) que ensambló círculos a la memoria de Dostoyevski, Gerard de Nerval, Baudelaire, Poe y Lautréamont. Como Marcel Schwob primero y más tarde Boston, andábamos por las calles de pavimento de buerillo en busca de lo pobre: Morelia, de Nacha la misteriosa.

Ante Guzmán nos proclamé "nómadas" y adversario de cualquier sectorialismo.

Qué desapoderado amor por las esencias telélicas caracterizaba a Guzmán! Lo hice de fragua con mi siniestro castizo "nómado".

En 1943 publicó su novela *La Sangre y la Esperanza*.

El bocío de la infancia —el sector llamado ultra Mapocho— servía de marco a una extensa y poematizada evocación de las vicisitudes sociales, políticas y humanas de los años 20. Transpirada por el lenguaje generacional (la realidad convertida en metáfora viviente), la novela, con retazos de esos pacifistas, lograba recomponer lúcidamente, cuidadosamente, extremadamente, el tiempo de la infancia del narrador. En *La Catedral y el Niño*, Eduardo Bianco-Amor consiguió, en lengua magistral, un proceso semejante.

Las imágenes y metáforas que forman y deforman el estilo de Guzmán representan hasta hoy un motivo de discusión entre críticos. Alucinan o enriquecen tales vuelos de la imaginación; los alcances de la narrativa de

# **Nicomedes Guzmán: retrato de un desconocido [artículo]**

## **Luis Sánchez Latorre.**

Libros y documentos

### **AUTORÍA**

Filebo

### **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1981

### **FORMATO**

Artículo

### **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Nicomedes Guzmán: retrato de un desconocido [artículo] Luis Sánchez Latorre.

### **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

### **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

### **UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)